

cias, Roma débil y dividida no podia sostener por mucho tiempo un desigual combate.

Los estados de Teodosio, último emperador romano, se dividieron entre sus dos hijos en 395. Arcadio se quedó con el de Oriente que comprendia las dos prefecturas de Oriente y de Iliria, esto es, el Egipto, el Asia, la Tracia, la Mesia, la Dacia y la Grecia, al paso que á Honorio emperador en Occidente, le cupieron las prefecturas de Italia y de la Galia propiamente dicha, de la Panonia, de la Nórica, de la Retia, de la Italia, del Africa, de España, de las Galias y de la Gran Bretaña. Arcadio residió en Constantinopla, y Honorio en Milan, aunque Roma conservase el título de metrópoli. El Occidente fué gobernado por el vándalo Estilicon, á quien Teodosio nombró tutor de los dos hermanos; y el galo Rufino despues del eunuco Eutropio y por último el godo Gainas, asesino de Rufino, gobernaron por Arcadio el Oriente. El talento militar y las hazañas de Estilicon aguzaron la baja envidia de Rufino, quien para suscitar enemigos á su rival llamó á los bárbaros. Alarico jefe de los visigodos ó godos occidentales establecidos en la Dacia, lejos de hacerse rogar, invadió la Grecia, pero difícilmente pudo escapar de las manos de Estilicon que habia acudido á defender el Peloponeso, Arcadio despues de haber declarado á Estilicon enemigo del imperio, sentó paces con el godo y lo estableció en la Iliria con el título de jefe de la milicia. Alarico se hizo proclamar rey de los visigodos, aumentó sus fuerzas á espensas de los recursos del imperio que el ciego Arcadio entregaba á su discrecion, equipó á sus soldados con las armas que habia en los arsenales de Oriente, y traspuso los Alpes para invadir la Italia. Espantosas devastaciones señalaron el paso de los Godos, hasta que apareció Estilicon para salvar al emperador sitiado en Asti y libertar la Italia, con lo cual Alarico vencido volvió á Iliria despues de perder todo su ejército. Honorio se apresuró á dejar su residencia en Milan para establecerse en Rávena en medio de las lagunas, donde por lo menos se hallaba á cubierto de ataques repentinos.

Las empresas de Alarico fueron la señal de embestida para los bárbaros, y por esto apenas abandonó la Italia, cuando los suevos emprendieron su marcha y bajaron hácia los Alpes. Por se-

gunda vez la península fué victima del azote devastador, pero Estilicon velaba por su defensa, y así el caudillo de los bárbaros, Radageso, fué rechazado de los muros de Florencia á la cual sitiaba, acorralado y muerto entre los peñascos de Jesulos, y sus horridas vendidas en los mercados de esclavos.

Hasta entonces solo la Italia habia sido objeto del ataque, pero todo el Occidente iba á verse invadido en el momento en que la muerte de Estilicon, asesinado por orden del cobarde Honorio, le privaba de su único protector. Los suevos esterminados con Radageso, no eran mas que la vanguardia de un innumerable ejército compuesto de suevos, vándalos, alanos y borgoñones, quienes á la noticia del desastre sufrido por Radageso, se dirigieron hácia la Galia, destruyeron á su paso á los francos ripuarios, que habian osado sostener el primer choque, y se derramaron como un torrente por toda la Galia, no dejando tras sí mas que devastacion y ruinas. Las tribus de los borgoñones se establecieron entre el Rhin y el Saona, y las demás pasaron á España que fué mas atrozmente assolada que la Galia.

Constantino gefe de las legiones de Bretaña, que habia contribuido á dar salida al torrente de la invasion, fué proclamado emperador en la Galia y en España; y Honorio se vió obligado á reconocerle por tal, mientras Alarico invadia otra vez la Italia. Treinta mil godos escapados del deguello decretado contra sus compatriotas, se refugiaron cerca de Alarico que ocurrió á Italia para vengarlos. Roma sitiada por primera vez rescató su libertad á fuerza de oro: al segundo sitio, el prefecto Atalo fué revestido de la púrpura por los visigodos; y al fin rehusando Honorio cumplir las condiciones juradas, Roma fué sitiada por tercera vez, tomada por asalto y entregada al saqueo, salvándose tan solo las iglesias, porpue el influjo del cristianismo habia penetrado entre los godos antes de entrar en el imperio; y la fé llegada á la mayor parte de los pueblos bárbaros, debia suavizar muchas veces los horrores de tan desastrosos tiempos.

De todo el imperio de Occidente apenas le quedaban á Honorio mas que las lagunas de Rávena. La muerte de Alarico dióle por fin un momento de sosiego, y abandonando muchas provincias cúpole al menos la esperanza de salvar las restantes. El romano

Constancio, que habia reemplazado á Estilicon, obligó al usurpador Geroncio á darse la muerte en la Galia, hizo prisionero á Constantino, y le envió á Honorio, quien le condenó al último suplicio. Los visigodos cesaron de ser enemigos del imperio: Ataulfo, sucesor de Alarico, se casó con Placidia, hermana de Honorio, y convertido en amigo y defensor de su cuñado, destruyó los dos pretendientes al imperio, Jovino y Sebastian, que apoyados por los borgoñones acababan de levantarse en la Galia.

Honorio no pudiendo ya alejar á los bárbaros establecidos en el imperio hubo de reconocerlos y confirmó en la posesion de la Helvecia y de los países inmediatos á los borgoñones, los mas suaves y pacíficos de los pueblos del Norte. Para que los visigodos guerreasen á los bárbaros de España y con el fin de alejarlos de la Galia, les propuso que fuesen á establecerse mas allá de los Pirineos. Ataulfo avanzó hasta el Ebro; su sucesor Valia sometió á los alanos, arrojó á los vándalos hácia el mediodía, y rechazó á los suevos hasta Galicia, en donde no habian de conservar mucho tiempo su independencia. Por precio de estos servicios obtuvo Valia de Honorio toda la parte meridional de la Galia hasta el Garona y fundó allí el reino de los visigodos, que tuvo por capital á Tolosa. Las provincias que no estaban comprendidas en los tres reinos bárbaros quedaron por Honorio, quien recompensó á Constancio dándole el título de Augusto y la mano de su hermana, viuda de Ataulfo; pero el desmembramiento no podia ya contenerse, y los restos á los cuales se daba todavia el nombre de imperio de Occidente, iban á desplomarse uno tras otro.

Honorio murió en 424, y despues de la efimera usurpacion del secretario Juan, le sucedió Valentiniano III, cuya madre Placidia reinó en su nombre mientras Pulqueria gobernaba el Oriente durante ta minoria de su hermano Teodosio II. Los dos imperios tuvieron un instante de reposo; pero la enemistad de los generales de Placidia, Aecio y Bonifacio, iban á arrebatarse otra provincia al Occidente. Aecio vencedor del franco Clodion, de los Borgoñones y de los visigodos, no pudiendo tolerar el ascendiente que Bonifacio habia tomado sobre la regente, hizo destituir á su rival quien se sublevó en su provincia de Africa, llamando en su auxilio á los vándalos y á su rey Genserico. El tardío arrepentimiento de Boni-

facio vuelto á su deber por San Agustin, no pudo reparar su falta, é Hipona defendida en vano contra los vándalos, abrió las puertas en el momento en que acababa de morir su ilustre obispo. Bonifacio pasó el mar y Valentiniano tuvo que ceder á Genserico una parte del Africa. Cuatro años despues el vándalo habia sorprendido á Cartago, los Romanos perdido toda el Africa, y la ciudad de Dido vuelto á ser la capital de un reino que no tardó en ver á Roma humillada á sus piés y en enriquecerse con sus despojos. Genserico acrecentó su pujanza por medio de la marina; construyó gran número de naves con las cuales recorrió los mares, devastando todas las costas, *impelido*, decia él, *contra aquellos á quienes Dios queria castigar*.

Otro bárbaro tan temible como Genserico amedrentaba á la sazón las provincias septentrionales de los dos imperios. Atila, *el azote de Dios*, habia sometido todas las naciones eslavas al imperio de los hunos, y entre los pueblos germanos á los hérulos, los marcomanos, los gépidos, los ostrogodos y los suevos. Un mensaje de Genserico determinó á atacar el imperio de Oriente, y todos los países inmediatos al Danubio fueron llevados á sangre y fuego. Teodosio II pudo obtener la paz pagando un tributo de dos mil libras de oro; y sus embajadores admitidos á la mesa de Atila pero colocados en el último puesto, vieron al orgulloso vencedor servirse de vajilla de madera mientras que las personas de su séquito comian con los platos de oro y plata arrebatados á los vencidos. Atila halló un adversario digno de él en Marciano, sucesor de Teodosio, quien hizo contestar al bárbaro que reclamaba el tributo: *tengo oro para mis amigos y hierro para mis contrarios*. El rey de los hunos temió empeñar la lucha, y dirigiéndose al Occidente devastó la Galia; pero Santa Genoveva salvó á Paris con sus oraciones, y el obispo de Orleans contuvo á Atila con su valentia. Aecio acudió en su auxilio en el momento en que los bárbaros iban á penetrar en la ciudad, y su ejército unido al de los visigodos, francos y borgoñones alcanzó á los hordas de Atila cerca de Chalons del Marne, en donde el rey de los visigodos Teodorico II fué muerto en la horrible batalla en que tomaron parte y fueron vencidas todas las fuerzas bárbaras. Atila acosado hasta sus atrincheramientos por el hijo de Teodorico, encendia ya una hoguera en la que ita á

arrojarse para no caer en manos de sus enemigos, cuando Aecio contuvo á los visigodos, temiendo que un triunfo mas completo aumentase su poder, y dejó escapar á Atila, quien pudo traspasar la frontera sin ser perseguido. La Galia quedaba libertada; pero el azote cayó otra vez sobre la Italia pues Atila arrasó á Aquilea y saqueó todo el norte de la península. Los habitantes del Véneto se refugiaron en las lagunas del Adriático, en donde fundaron á Venecia, y Atila marchaba contra Roma cuando se le presentó el papa San Leon el Grande pidiéndole gracia para la Italia. El bárbaro admirado de la magestad del pontífice cedió á sus ruegos, y dejando la Italia murió en el año siguiente. El poder de los hunos fué destrozado por los hijos de su fundador, y Genserico su rival, llamado por la viuda de Valentiniano III para que castigase al asesino y usurpador Pretonio Máximo, tomó á Roma, la pasó á saco, y condujo gran parte de su poblacion cautiva á Cartago.

Los tártaros continuaban dominando en las provincias, sus hermanos los estrechan por defuera, y el imperio romano en la agonía brega durante la cuarta parte de un siglo para desprenderse de esta doble atadura. Ocurrido el fallecimiento de Máximo, Avito recibe la muerte de manos del suevo Ricimero, quien se arroga el derecho de disponer del imperio. Mayoriano, á quien da la púrpura, llevado del deseo de ejercer el poder imperial, de realzar el honor del nombre romano y de hacerse temible á los enemigos esteriore, arma una flota y se prepara á llevar la guerra al imperio de los vándalos, pero Ricimero temiendo por su poder le hace dar muerte, y ensalzados sucesivamente por el bárbaro reinan y caen los tres emperadores Severo III, Antemio y Olibrio. En fin, despues de la muerte de Ricimero, el patricio Orestes, sucesor de Glicerio y de Julio Nepote reviste con la púrpura á su hijo Rómulo Augústulo, como para cerrar la lista de los emperadores con un nombre que recuerda á la vez el del fundador de Roma y el del fundador del imperio. Orestes comete la imprudencia de descontentar á los bárbaros aliados de los romanos, negándoles las tierras que reclaman, sublévanse con el hérulo Odoacro, elevado ya á los primeros grados del ejército, Orestes es asesinado y proscrito su hijo, último emperador de Roma.

VII.

La exposicion histórica que antecede revela los dos inmensos servicios prestados por San Leon I á la Humanidad. Al verificarse la invasion de Italia por el feroz Atila, el mas espantoso de los hombres, como les titulaba Bossuet, el que se llamaba á si mismo terror del mundo y azote de Dios; el que se decia de si propio: *Las estrellas caen á mi presencia: la tierra se estremece bajo mi peso; yo soy el martillo del Universo*; al verificarse decimos, esta invasion, todo el mundo tembló, todo el mundo sintió frio glacial en sus venas, espanto en su corazon. Solo una excepcion hubo y esta excepcion gloriosa la constituyó el pontífice que penetrado de la santa mision que le estaba encomendada, cumpliendo heroicamente sus deberes, traspasando los límites de éstos, marchó al encuentro del terrible rey de los hunos y con su magestad y su elocuencia supo dominarle de modo que logró de él la evacuacion de Italia por las salvajes hordas que acaudillaba. ¡Sublime debió ser sin duda aquel choque entre la civilizacion cristiana y la barbarie; y magnifico el triunfo de la primera sobre la segunda, triunfo que constituye una de las inmarcesibles glorias del Pontificado! Y no fué este solo: poco despues, en 455, la invasion de los vándalos acaudillados por Genserico dió nueva ocasion al insigne papa para adquirir títulos á la gratitud de la posteridad, consiguiendo que el bárbaro respetase la vida de los romanos y preservase del saqueo la basílica lateranensé y las de los dos principes de los apóstoles.

Sin traspasar jamás los límites de la justicia y de la prudencia, supo además San Leon *el grande* sostener siempre con gravedad y firmeza sus derechos, su decoro y su autoridad sobre los obispos, los patriarcas y el concilio universal. Los que le acusan de fanático y cruel porque con penas puramente espirituales combatió á los maniqueos y eutiquianos, procurando el esterminio de las heréticas obras de ellos, demuestran la mas crasa ignorancia ó la mas insigne mala fé; y no van mas acertados los que manifiestan que el fué el primero que sostuvo el primado pontificio, pues la historia con innegables pruebas, de las que se ha hecho mencion á su tiempo, revela que tal primado fue ejercido en multitud de